



SUEÑOS REVELADORES DEL PASADO

Una historia de suspense en la Sierra de Guadarrama

Sergio Gonzalo Rodrigo

SUEÑOS REVELADORES DEL PASADO

Una historia de suspense en la Sierra de Guadarrama



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Sergio Gonzalo Rodrigo

ISBN: 979-13-88411-14-4

ISBN digital: 979-13-88411-15-1

Depósito legal: M-21513-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Pepe, a Prado y a Josemi.

NOTA DEL AUTOR

Los pueblos y las personas que aparecen en esta historia son ficticios, aunque están basados e inspirados en pueblos y en personas reales. Los pueblos reales de la Sierra de Guadarrama en los que están inspirados los pueblos ficticios en los que transcurre la acción de esta historia son: Buitrago del Lozoya, Cervera de Buitrago, El Berrueco y Lozoyuela. Aunque la historia no transcurre en ellos, también son mencionados con nombre ficticio los pueblos reales de Torrelaguna, La Cabrera, El Atazar, Mangirón y Bustarviejo.

CAPÍTULO 1

14 de octubre de 1642

Sabela se incorporó y, como hacía absolutamente todas las noches, sin que hubiera una sola excepción a la regla, fue a comprobar si todo estaba en orden en relación con aquello que en mayor medida ocupaba sus pensamientos: ese objeto por el que pasaban absolutamente todas sus esperanzas de futuro. Se dirigió al rincón de la casa en el que amontonaba las pertenencias que menos utilizaba, una suerte de trastero. Movi6 algunos de esos 6tiles, desencaj6 el list6n de madera que solo ella sabía que estaba suelto y comprob6 con alivio que todo estaba en orden y tal cual lo había dejado el día anterior. Con ese trámite —que, no obstante, ya tenía mucho de ritual— cumplido, se acomod6 en el jerg6n, cubriendo su cuerpo con dos mantas por primera vez en la temporada. El día había sido algo más frío de lo que era habitual a esa altura del otoño y prefirió no correr el riesgo de resfriarse.

Cerr6 los ojos... El viento silbaba fuera, entonando una lúgubre melodía y mezclándose con los lejanos ladridos de un perro. Por la mente de Sabela desfilaron algunos de los momentos del día que ya agonizaba y también vivencias que habían tenido lugar hacía semanas o incluso meses. La mujer cay6 en una apacible duermevela... Un ruido fuera la despert6 y la sobresalt6, al menos durante los dos segundos que su mente tard6 en volver a la realidad. Era demasiado tarde para que se tratase de una de las caravanas que

pasaban por el pueblo varias veces al día, por lo que seguramente se tratase de un vecino que llegaba a casa o de algún animal al que también le había llegado la hora de recogerse.

CAPÍTULO 2

16 y 17 de octubre de 1642

Cuando Sabela abrió la puerta de la casa, el sol comenzaba a asomarse por encima de las montañas, como un niño travieso que apenas deja entrever la frente y los ojos desde detrás de una cortina para escudriñar el panorama y comprobar si es buen momento para hacer una trastada. Sin embargo, lejos de suponer una molestia, como a veces ocurre en los casos en los que cualquier niño gasta una broma o hace una travesura, a Sabela la presencia del sol no solo no le molestaba, sino que además le reconfortaba. Incluso buscó la pequeña superficie de apenas tres metros cuadrados en los que el sol ya pintaba con un color dorado la tierra, porque la temperatura era muy baja a esa temprana hora de la mañana. Y es que le pareció ver que, por primera vez en la temporada, la piedra de las fachadas de las casas estaba cubierta por una leve pero perceptible película de hielo.

Se dirigió a la parte trasera de su casa y levantó la malla que cerraba el recinto que protegía a sus gallinas de los depredadores salvajes durante la noche. Una vez libres de esa barrera, las aves salieron en tromba y durante unos segundos se movieron nerviosas por todo el espacio que circundaba el corral y la casa, como si fuese la primera vez que salían de su refugio o como si hiciera mucho tiempo que no lo hacían, por más que apenas hacía unas horas que ellas mismas se habían retirado al gallinero antes incluso de que cayese la noche. Sabela también comprobó que todo estaba

en orden en relación con las cinco ovejas, la vaca, el cerdo y el pequeño huerto que, con su aportación conjunta, le proporcionaban una buena parte de la dieta en su día a día. Ya volvía a la casa para desayunar cuando Benito, el panadero del pueblo —que ya volvía de repartir su producción del día—, la sobresaltó, pues no había percibido su presencia.

—Buenos días, señora Sabela —dijo el chico en un tono elevado, pues ya le había ocurrido en alguna ocasión que se había dirigido a la mujer y esta no le había escuchado.

—Hola, hijo. ¿Cómo has *pasao* la noche? —contestó Sabela, girándose para mirar al chico.

—Bien, señora. El fresquillo ya empezó, ¿eh?

—Sí, este año antes que nunca. ¿Qué haces hoy?

—Eh... A Nava de las Fuentes tengo que ir, a llevarle una cosa a una tía mía. —Señaló con la mano en la dirección en la que ese pueblo se encontraba—. Volveré *pa* la hora de comer.

—Ve con *cuidao*, hijo. Que los caminos están cada vez más peligrosos y nunca se sabe. Bandidos hay cada día más y ahora se está oyendo que hay osos *cerca los* pueblos...

—Tendré *cuidao*, señora Sabela, descuide *usté* —contestó el chico mientras ya reanudaba la marcha.

La mujer esperó un par de minutos, viendo cómo se alejaba. Por unos segundos deseó que su hijo Antón también hubiera tomado el camino de la normalidad, de llevar una vida sencilla y sin complicaciones, y, sobre todo, de vivir cerca de ella. Pero... ¡todo había sido tan diferente con él! Era como si un peligroso e incisivo mosquito le hubiera picado apenas había cumplido los diecisiete años y hubiera inoculado en él el virus del riesgo y de la aventura, sin que después hubiera habido antídoto alguno capaz de hacer que esa tendencia cambiase. A la edad de diecisiete años, y cuando aún vivían en Galicia, un amigo cercano le había dado a conocer el amplio y prometedor mundo del mar y de la navegación, así como el de las tierras lejanas, las gentes diferentes y las riquezas que allí podía obtener. Y, desde aquel momento, del que habían pasado ya

diez años, nada había sido igual en su familia, ya que el éxodo de Antón había supuesto un golpe solo comparable a la muerte de su marido, que había tenido lugar siete años después de la marcha del chico. Rosalía, la otra hija que había sobrevivido (otro varón y otra hembra habían fallecido siendo aún unos bebés), sí había permanecido junto a ella, pero sin los varones de la familia la vida de ambas había cambiado para siempre, tal era la situación de desamparo en la que se habían encontrado. Y hacía solo dos años, y como era ley de vida, Rosalía se había casado y había terminado por dejarla sola. Suspiró y se santiguó mientras entonaba una breve oración y le pedía a Dios que todo estuviera bien allá donde Antón estuviese. Del bienestar de la chica tenía más certeza, puesto que apenas vivía a unos pocos kilómetros de distancia, también en la Sierra de Madrid, y solía verla con cierta frecuencia, al menos una vez al mes.

La mujer dedicó la mañana y la primera hora de la tarde a sus labores diarias. El mantenimiento del huerto y de los animales no suponía poco trabajo para una mujer sola, pero ella estaba encantada con esa situación porque esa labor le mantenía ocupada la mente y le hacía sentirse autosuficiente y útil. Cuando terminó de trabajar, y después de haber descansado en el jergón durante algo menos de una hora (nunca le gustaba dormir demasiado tiempo por la tarde porque cuando lo hacía no dormía bien por la noche), encendió el fuego y se sentó, dispuesta a dejarse llevar por sus ensoñaciones. Y, como ocurría muchos de los días, terminó dedicando sus pensamientos a generar ideas sobre lo que sería mejor hacer en relación con el objeto que su hijo había traído en su primera visita a España desde América y que estaba destinado a solucionar el futuro de toda la familia. Y es que, desde que había concebido a sus hijos, no había dejado de ocupar su mente el deseo de que pudiesen llevar una vida menos ardua y sometida a los vaivenes del azar que la de ella y la de su marido, quienes habían tenido que ir dando tumbos de un lugar a otro, buscando la mejor forma de ganarse la vida en cada momento o, mejor dicho, aceptando las maneras que el puro azar les había ido ofreciendo para ello. Ellos habían podido experi-

mentar que la lucha por el pan de cada día había sido un auténtico camino de espinas en el que las inclemencias meteorológicas, los pequeños accidentes y los imprevistos suponían una losa demasiado pesada y que, bajo ella, se encontraban en una preocupación casi constante por si algo se torcía o dejaba de salir bien.

Seguía teniendo muchas dudas sobre lo que sería mejor hacer con la valiosa reliquia. Una opción era seguir escondiéndola ella misma, lo que sin duda era la alternativa más segura, pues nadie más que ella y su hijo sabía de su existencia y, por tanto, era la vía que sin duda evitaría en mayor medida robos, extravíos o utilidades poco provechosas del objeto. Pero nunca dejaba de tener el miedo de que a ella le ocurriera algo, su hijo nunca regresara y la reliquia quedase en un limbo del que nunca nadie pudiera rescatarla, perdiendo así su potencial para cambiar la vida de la familia. Por otro lado, la opción de entregársela ya a su hija le parecía no solo arriesgada (la chica podría verse en la tentación de conseguir un beneficio a corto plazo y además no terminaba de fiarse del marido), sino también injusta, ya que, si su hijo alguna vez regresaba de América, tendría, no el mismo, sino mucho más derecho que su hermana a obtener los réditos de ese objeto que con tanto riesgo había conseguido en América y había llevado a España para beneficio de su familia. ¿Y si mantenía la reliquia escondida en el mismo lugar en el que llevaba los últimos meses, pero dejaba algún testimonio por escrito de esa ubicación por si a ella le sucedía algo? No, tal vez fuese mejor hablarle a su hija por primera vez del asunto y pedirle que no lo compartiese ni siquiera con su marido y que le dijese qué haría con la reliquia en caso de poder disponer de ella. Así se formaría una opinión del criterio con el que la chica decidiría sobre el objeto (si ella cometía el error de compartir el secreto con el marido, Sabela siempre podría decidir seguir conservando el objeto e incluso esconderlo mejor para evitar posibles tentaciones de ese tipo frío e indescifrable que tenía por hijo político).

En cualquier caso, las horas de la tarde fueron pasando sin que Sabela saliese del enredo mental en el que andaba metida casi des-

de el momento en el que su hijo le entregó la reliquia, hacía ya casi cinco meses. Ninguna opción le parecía más conveniente que las demás y no había ninguna que colmase sus aspiraciones de forma completa y que no dejase al menos una preocupación importante en caso de que no todo saliese exactamente como ella quería. Antes de acostarse tuvo la idea de ir a visitar a su hija alguno de los días siguientes. Así podría hablar con ella tranquilamente, ver si las condiciones en las que vivía junto a su marido habían mejorado algo y percibir en qué momento de madurez se encontraba el matrimonio. Calculó que pronto haría seis semanas que no se veían, un tiempo algo superior al habitual, lo que sin duda la animó a dejar la comodidad de su casa al día siguiente o tal vez dentro de dos.

Finalmente lo hizo al día siguiente e incluso partió de la casa más temprano que nunca, pues estaba impaciente tanto por ver a su hija como por descubrir si esa impresión que le causaba todo aquello que viera le ayudaba a tener las cosas más claras. Tardó algo más del tiempo normal que habitualmente empleaba en cubrir los aproximadamente trece kilómetros que separaban su casa, en El Jaral, de la de su hija, en Pinilla del Zarzal, y fue así porque sentía una ligera molestia en el tobillo izquierdo que le había hecho caminar algo más despacio de lo que en ella era normal. A pesar de que la puerta de la vivienda estaba entornada, como era habitual cuando la visitaba, Rosalía no se encontraba en la casa cuando llegó. Tampoco estaba presente Pedro, el marido de la joven, pero eso ya lo esperaba Sabela porque normalmente se marchaba muy temprano para comenzar una, por lo general, larga jornada de trabajo —eso, al menos, los días que iba a trabajar—. Dio un breve paseo por los alrededores de la precaria vivienda en la que el joven matrimonio vivía, pero no transcurrieron más de diez minutos antes de que su hija regresara. Había ido a casa de una vecina, pero intuía que su madre la visitaría pronto y no había querido estar ausente demasiado tiempo.

—¿Cómo estás, hija? —preguntó Sabela cuando aún estaban abrazadas.

—Bien, madre.

—¿Estáis comiendo bien? —preguntó la mujer mayor mientras examinaba a su hija de arriba abajo.

—Eh... sí, no nos podemos quejar, gracias a Dios.

—Muy convencida no parece.

—Es que tuvimos unas semanas... *mu* malas. *Noramala*, una tormenta nos *estrozó* la huerta y *aluego* nos costó un poco..., pero después hemos *conseguido* recuperarnos, gracias a Dios.

Mientras mantenían esta conversación, madre e hija habían entrado en la casa y se habían acomodado en dos de las cuatro sillas de madera que había en la estancia principal de la vivienda.

—Sí, me acuerdo de ese día de la tormenta. *Abi* en El Jaral también llovió, pero ya me han *contao* que aquí fue peor.

—Yo también he *oío* eso. Pero ya está, ya pasó, gracias a Dios.

—*Cuanto a* Pedro... ¿cómo va?

—¿Pedro? —Rosalía se levantó de la silla, algo nerviosa, tal vez queriendo ganar tiempo antes de contestar. Se dio cuenta de que en realidad se había levantado sin motivo alguno y, para disimular, fue a la despensa, como si quisiese comprobar algo allí—. Pues la cosa va *mu* bien —dijo desde allí—. *Paece* que ha *sentao* un poco la cabeza, gracias a Dios. Ahora no está bebiendo tanto y está teniendo más cabeza con el dinero —se acercó de nuevo a su madre y se volvió a sentar en la silla.

—Me alegro. Eso sí que está *mu* bien —susurró Sabela mientras tomaba la mano de su hija con las suyas, queriendo que la joven se sintiese cómoda.

—Sí. Lo que no conseguimos es... lo del niño. Seguimos intentándolo, pero *na*.

—Sin prisa, hija. Por ventura, Dios lo hará posible cuando sea el momento —dijo la madre, apretando la mano de su hija, que aún no había soltado.

—Seguro, madre.

Hubo un silencio durante el cual Rosalía volvió a levantarse y Sabela miró por la ventana.

—Y entonces, ¿Pedro va a trabajar todos los días? —preguntó Sabela cuando Rosalía volvió de nuevo junto a ella.

—*Agora* sí. *To* los días.

—Vive Dios... *Mu* bien, hija. Ha *tardao* en *despabilar*, pero al final ha *despabilao*. Pues te cuento que...

—Espera. Están llamando. A ver... Es la vecina. Ahora vengo.

Sabela no había oído nada, pero no le extrañó porque ya llevaba un tiempo notando que andaba algo dura de oído. Lamentó que la interrupción hubiese llegado justo cuando iba a contarle algo importante a su hija. Aunque, pensándolo mejor, tal vez hubiera venido bien porque quizá se estuviese precipitando un tanto. Una cosa era que Pedro hubiera conseguido cambiar su comportamiento y otra, comprobar si el joven sería capaz de mantener eso en el tiempo. Definitivamente, mejor esperaría a ver si en su siguiente visita las noticias que le transmitía su hija seguían siendo igual de alentadoras. Por lo demás, madre e hija pasaron el resto del día juntas; comieron y durante la tarde no cesaron de hablar de acontecimientos pasados y de sueños y esperanzas futuros, aunque esa fase de la conversación se mostraba desequilibrada como consecuencia de que Sabela tenía conocimiento de algo que Rosalía ignoraba por completo. Pero eso no fue impedimento para que ambas pasasen un rato de los que tanto disfrutaban juntas antes de que Sabela decidiese emprender el camino de regreso a El Jaral.

Tras la marcha de su madre, Rosalía se quedó un buen rato pensando. Era consciente de que tenía mucha suerte de contar con su madre para todo, pero a veces le irritaba un tanto el hecho de que no dejara de opinar acerca de su matrimonio y de Pedro. También le molestaba que se preocupase de una forma que ya consideraba excesiva por su futuro. Ya haría ella misma su camino, como también precisamente lo había hecho su madre. A sus veintiún años, y ya con cinco de bagaje en los pueblos de la Sierra de Madrid después de haber llegado de Galicia con sus padres con apenas dieciséis años, solamente se ocupaba de cuidar la casa, el huerto y algunos animales, pero estaba segura de que sería capaz de en-

contrar otras ocupaciones y formas de aportar dinero a la casa en el futuro. Hacía ya algo más de un año que se había casado con Pedro y se había venido a vivir a Pinilla, de donde el joven era originario. Lo había conocido en la taberna de El Jaral, donde ella estuvo trabajando un tiempo y, aunque desde un primer momento le había parecido un chico misterioso, enigmático e incluso un tanto peligroso, también había sentido una fuerte atracción por él. Le gustaban su hombría, su autoridad y su carácter.

El joven, por su parte, contaba con veinticinco años y no se puede decir que hubiera tenido las cosas fáciles. Huérfano de padre y de madre, se había criado primero con unos tíos —el hermano de su padre y su mujer— y, cuando estos emigraron y no quisieron asumir la responsabilidad de llevar al niño con él, con otros —la hermana de su madre y su marido—. Hasta el momento del matrimonio con Rosalía había tenido múltiples y diversas ocupaciones, como las de porquero, carnicero, vendedor ambulante o guarda del monte, entre otras. Esas, al menos, eran las oficiales y formales... Porque también, aprovechando su labor como vendedor ambulante, se había dedicado al contrabando de diversos productos que no eran sencillos de conseguir en la región y en la época, como el carbón y los tejidos de lino. Había sido en esa época como vendedor ambulante y contrabandista cuando había pasado por la taberna de El Jaral y había conocido a la joven. Aún había seguido un tiempo con esa oscura dedicación, pero después, ya con el matrimonio con Rosalía en el horizonte y ante la insistente recomendación de su tía, la había abandonado. Ahora llevaba un tiempo trabajando por cuenta ajena y, aunque había tenido unos comienzos complicados e irregulares, había logrado encadenar una buena racha en la que se había mostrado más formal. La clave, aunque no le gustara reconocerlo, estaba en la bebida, ya que se había propuesto beber menos de nuevo, escuchando los consejos y recomendaciones de su tía. Y eso que no habían sido pocas las ocasiones en las que había sentido la fuerte tentación de volver a pasar una tarde en la taberna.

CAPÍTULO 3

21 de marzo de 2021

Aníbal dudó, realmente no sabía qué quería hacer. Y se dedicó a contemplar el bello cielo de esa hora de la tarde para ver si le ayudaba a tomar una decisión. Aunque eran casi las ocho de la tarde en Madrid, el cielo aún tenía una pátina azulada con la que parecía querer resistirse a que la noche lo cubriera con un manto oscuro durante unas cuantas horas. «No me quiero ir», parecía decir el día —como también Jorge—. Por el oeste, una llamarada dorada que el sol, ya escondido, parecía haber pintado con una brocha gorda proponía un ejercicio de resistencia aún mayor ante un destino, por otro lado, inevitable. Finalmente, Aníbal se resignó y decidió terminar su caminata vespertina por el paseo del Pintor Rosales y se dirigió con paso tranquilo pero constante a su casa, que no estaba a más de diez minutos del paseo.

Cuando llegó, entró en la vivienda, dejó la mochila y el abrigo sobre el sofá y encendió el ordenador. Apenas tardó unos segundos en entrar al foro Historika, que había conocido hacía unos meses y en el que había pasado gran parte del tiempo libre que había tenido en los últimos días. Se trataba de una comunidad online de miles de usuarios, aunque en la sección de España apenas había algunos cientos y tenían cierta actividad recurrente unos cincuenta. A Aníbal todo eso le daba igual, pues los usuarios de la comunidad que realmente le interesaban eran muy pocos y en las últimas horas apenas se reducían a uno. Llevaba

semanas inmerso en conversaciones con esa persona acerca de un enigma histórico del que él había oído hablar por primera vez hacía ya mucho tiempo y que era precisamente la cuestión que lo había llevado al foro Historika. Se trataba de una vieja historia, aunque casi rozaba la categoría de leyenda, de una antigua reliquia que habría pertenecido a ascendientes familiares suyos y que supuestamente estaría escondida en algún lugar indefinido de la Sierra Norte de Madrid, donde esos antepasados suyos habían vivido allá por el siglo XVII. Después de haber estado más de tres siglos circulando de boca en boca entre la gente de la Sierra, la vieja historia había caído en el olvido para que al final la rescatase un historiador de finales del siglo XX, antes de volver a caer en un limbo del que nadie, hasta ahora ellos, la había intentado liberar. Pero, en realidad, a Aníbal esa vieja leyenda nunca había dejado de interesarle, ya que, aunque tenía otro trabajo —era abogado—, estaba estudiando la carrera de Geografía e Historia a distancia y solo por el placer de aprender, y le dedicaba tanto tiempo a su labor como historiador que casi podía considerarse un profesional también de esa especialidad. Ya el padre de Aníbal, José, había sido un gran aficionado a la Historia y, de hecho, había sido él quien había conseguido hacer valer ante su mujer su deseo de llamar a su hijo «Aníbal», por su gran afición a la historia en general y, en particular, por la admiración que sentía por Aníbal, el general cartaginés, una figura histórica sobre la que había leído cuanto había podido. La persona con la que Aníbal llevaba días interactuando de forma intensa, Diego, era más joven e inexperto que él, pero tenía tales conocimientos de la cuestión que a ambos les interesaba que a Aníbal inicialmente le habían desconcertado, precisamente porque le había parecido difícil de entender cómo un historiador con tan poco recorrido como Diego podía manejarse tan bien en un terreno tan resbaladizo como aquel que estaban pisando al intentar avanzar en sus indagaciones acerca de la reliquia. Sin embargo, ya hacía un tiempo que había descubierto el motivo, que no era otro que el

hecho de que Diego estaba mucho más cerca de su familia y de la vieja historia que estaba investigando de lo que él habría podido imaginar en un primer momento.

Se llevó una decepción cuando, una vez dentro de la conversación del foro que había estado captando su atención en las últimas semanas —la había ido siguiendo casi de manera obsesiva—, descubrió que apenas había registrado actividad en las últimas horas. Solo una persona había dejado un mensaje a las tres y veintiséis minutos de la tarde, pero se trataba de un historiador que se incorporaba a la cadena de mensajes por primera vez y que principalmente lo que hacía era interesarse por el tema objeto de estudio, haciéndolo además de una manera muy banal, porque demostraba no haber leído la cadena completa de mensajes (planteaba algunas preguntas que ya habían sido respondidas con anterioridad). Aníbal ya sabía que, si Diego no había conseguido hacer ningún progreso en la línea de investigación en la que estaban trabajando, nadie más habría sido capaz de hacerlo, ya que los otros dos o tres historiadores que participaban en la conversación con cierta asiduidad lo hacían sin aportar demasiado trabajo y más que otra cosa querían figonear y ver si podían estar cerca de algún descubrimiento de cierto alcance. Más allá de la visita al foro, Aníbal estuvo navegando por dos páginas web especializadas en la historia de la conquista de América y por otra que trataba, aunque de forma muy superficial, sobre las migraciones que tuvieron lugar dentro del territorio español en los siglos XVI y XVII. Esos dos asuntos estaban relacionados con la cuestión de la reliquia, porque esta tenía supuestamente origen americano y porque sabía que su familia en algún momento había emigrado de Galicia a Madrid. En cualquier caso, no tardó en apagar el ordenador. Estaba cansado, no tenía la sensación de ir a descubrir nada interesante ese día aunque continuase profundizando en las búsquedas y, sobre todo, le pesaba la decepción de no haber encontrado nuevos mensajes interesantes en el foro. Fue al cuarto de baño, se lavó los dientes, orinó y apenas cinco minutos después estaba tan dormido que ni

siquiera lo despertaron los ladridos del perro del piso de al lado, que con frecuencia le resultaban tan molestos.

Diego estaba tan absorto en el trabajo de intentar descifrar el viejo documento con el que estaba trabajando que ni siquiera cayó en la cuenta de que el tiempo había ido pasando y no había cenado. Su tío político, Ramón (era el marido de la hermana de la madre de Diego, una tía que había fallecido hacía diez años), veía la televisión en el salón y, como solía ser habitual en los últimos tiempos, apenas le dirigía la palabra a su sobrino durante el tiempo en el que coincidían en la casa. Era más que evidente que estaba molesto por el hecho de que Diego estuviese trabajando en descubrir los pormenores de una historia familiar que a él le resultaba notablemente incómoda. Bastante había tenido Ramón que aguantar con la curiosidad insaciable de su hermano Aníbal, que había tenido etapas en las que había insistido demasiado con el tema antes de que ambos dejaran de hablarse, como para que ahora su sobrino político también le viniese con esa historia que para él era absurda. Además, Ramón siempre había pensado que Aníbal era una persona muy egoísta e irresponsable, así como poco apegada a la familia, y no le apetecía lo más mínimo que su sobrino, al que al fin y al cabo tenía cierto cariño, se viese sometido a su influencia. Y por todo ello, Ramón consideraba casi una traición el comportamiento de Diego, máxime teniendo en cuenta que unos meses antes le había abierto las puertas de su casa para que viviera en ella mientras cursaba un máster en Madrid, con una generosidad que consideraba digna de agradecimiento.

Durante esa tarde, el joven apenas había salido un par de veces de la habitación que hacía de despacho y de biblioteca de Ramón, y el motivo era que había estado muy cerca de generar alguna idea interesante en relación con el documento en el que estaba trabajando y no había querido perder la concentración y la inspiración de la

que tan cerca creía estar. El estado en el que la vieja hoja de papel se encontraba no ayudaba demasiado, porque la parte derecha estaba parcialmente borrada, y en la esquina superior izquierda unas manchas de sangre tapaban otra parte tanto de las letras que un ascendiente de su familia había escrito en algún momento del pasado como del supuesto plano —al menos lo parecía— que trataba de ayudar a llegar a un lugar al que tanto él como Aníbal, a quien había conocido en el foro de internet Historika y hermano de su tío político, ansiaban llegar. En el documento supuestamente había información sobre el objeto que, más allá de probablemente aportarles una cantidad de dinero que seguramente aliviaría gran parte de las preocupaciones económicas que pudieran tener a lo largo de sus vidas, también satisfaría sus inquietudes como historiadores como pocos otros descubrimientos lo podrían lograr. Sería nada más y nada menos que el pelotazo de sus vidas, y ello era especialmente atractivo para él teniendo en cuenta lo joven que era y la cantidad de puertas que el descubrimiento le podría abrir en el ámbito de la Historia. Como, a pesar de haber estado a punto, finalmente no había conseguido hacer ningún avance relevante, decidió no escribir ningún mensaje en el foro Historika, aunque sí quiso escribirle un wasap a Aníbal para informarle de que había estado cerca de conseguir algo y de que, en cualquier caso, la tarde de trabajo tal vez le abriría alguna puerta en los siguientes días. Pero no tuvo respuesta de Aníbal, por lo que supuso que ya estaría durmiendo. Su tío Ramón no sabía que estaba en contacto casi permanente con Aníbal, aunque sí sabía que se conocían y que estaban avanzando en investigar sobre la vieja historia familiar. En cualquier caso, nunca hubiera imaginado que la pasión que ambos tenían por la Historia en general y por esa vieja historia familiar en particular hubiera unido de tal manera sus caminos ya durante unos meses y quién sabe si no también para el futuro. Ambos historiadores se habían encontrado por casualidad en internet y habían congeniado muy bien desde el principio, y aunque habían tardado unas semanas en descubrir que tenían como familiar común a Ramón,

ese hecho los había incluso animado a seguir, pues por uno u otro motivo ambos tenían ganas de demostrarle que era él, y en ningún caso los dos historiadores, quien estaba equivocado. En el caso de Aníbal, porque ambos hermanos siempre habían tenido visiones antagónicas en el asunto de la vieja historia de la reliquia. Y en el caso de Diego, porque sencillamente no soportaba a su tío, ya que este no solo siempre mostraba una actitud de una superioridad y un paternalismo detestables, sino que además con frecuencia menospreciaba su labor como historiador. Pero, tal y como pensaban ambos investigadores, tal vez no les quedase demasiado tiempo para poder darle a ese viejo huraño una buena colleja de realidad familiar e histórica.

CAPÍTULO 4

24 de noviembre de 1642

Sabela estuvo toda la mañana trabajando en la huerta y en el corral. Solía terminar con todo el trabajo bastante antes de la hora de comer, pero ese día se había quedado dormida un rato después de desayunar y después un vecino había venido a solicitarle unos aperos de labranza (ella conservaba apenas intactos todos los que había tenido su marido), con lo que casi se le había hecho el mediodía trabajando. Pero no le importó demasiado porque últimamente prefería tener la mente y el cuerpo ocupados haciendo cosas.

Cerró bien la puerta de la casa —creía que ya no necesitaría salir más, pues el pastor que salía con sus cinco ovejas, así como con otras del pequeño pueblo, ya era autónomo y las introducía él mismo dentro de su cercado—, encendió el brasero que servía para caldear la casa y se dispuso a preparar la comida precisamente con algunos de los alimentos que había recogido durante la mañana: varios huevos, un par de cebollas y un poco de leche. Volvió a quedarse dormida después de comer, por lo que cuando se despertó ya intuyó que esa noche no iba a dormir bien. Después estuvo cosiendo algunas prendas en las que en los últimos días había visto algunos defectos. Y, de manera repentina e inesperada, poco después de las seis de la tarde, alguien llamó a la puerta. Era Paquito, el pastor:

—¡¡Señá Sabela!! ¡Que se ha *extraviau* una oveja! Yo lo siento mucho, he hecho *to* lo que *poío*, la *verdá*, pero no la *encontrao* por

ningún *lao*. ¿Ahora *ca cemos*? —mientras pronunciaba esas palabras, el chico no dejó de moverse, inquieto, dando pequeños pasos a un lado y a otro junto a la puerta de la casa de Sabela.

—Tranquilo, hijo. Cálmate, por Dios. —La noticia era mala, porque solo tenía cinco ovejas y perder una significaba dejar de contar con una parte no poco importante de los medios para obtener alimentos e ingresos que tenía, pero el tiempo y las vicisitudes de la vida le habían enseñado a conservar la calma en los momentos iniciales tras recibir una mala noticia.

—¿Pero cómo me *via* calmar? *Usté* me va matar... Ahora el animalico tendrá que pasar la noche *abi* fuera y a saber si *poemos* encontrarlo...

—¿Dónde ha *sío*? —dijo Sabela, poniendo su mano en la cabeza del chico para tratar de que se calmara.

—Allí, *al lao* la torreta... —Paquito señaló con la cabeza en la dirección que quería indicar.

—¿Y por qué has ido allí tan *largo*?

—Porque el otro día pasé por *abi* y vi que habían *crecío* unas *yerbas mu* buenas *pa* las ovejas...

—Muchas veces te he dicho que no hace falta ir tan *largo*...

—Lo siento mucho, *señá* Sabela... Yo sé que hasta allá no he de ir.

—Bueno, hijo. No te preocupes. Mañana por la mañana la buscamos. A ver si quiere Dios que esta noche no la ataque ninguna fiera. *Pal* frío va bien *abrigá*, por eso no hay que *preocupase*.

—¡Pero cómo no me *via* preocupar, que *usté* me va matar...!

—Cálmate, hijo. *Veste* a descansar y mañana me llevas *ande sa perdío* y la buscamos.

—Sí, *señá* Sabela. Al mismico lugar en el que he visto la última vez al animalico la voy a llevar...

—¿Las otras ovejas ya las has *recogío*?

—Sí, *señá* Sabela. —El chico asintió vehementemente con la cabeza.

—Hasta mañana. Ven cuando salga el sol. Que yo no puedo andar por *abi* estando *escuro*.

—Vale, *señá*. Acá estaré. Por eso no se preocupe *usté*. Adiós, *señá*, que tenga *güeñas* noches. Y lo siento mucho.

Sabela volvió a cerrar la puerta y suspiró profundamente, aunque no sabía si de resignación por lo que suponía perder a la oveja o de pena por lo que iba a sufrir el chico esa noche. Apenas tenía doce años y, aunque se tomaba su trabajo muy en serio, tenía los despistes lógicos de esa edad. Decidió marcharse a la cama pronto para que al menos el cuerpo le descansase, aunque no pudiera dormirse en un buen rato, antes de la inesperada caminata que tendría que acometer a la mañana siguiente. Antes de ir al jergón comprobó una noche más que el objeto en el que depositaba sus esperanzas de futuro estaba tan intacto como siempre —ya lo hacía más por superstición que por otra cosa—. Una vez tumbada, rezó un padrenuestro pidiendo que la oveja apareciese y, de forma inesperada, apenas tardó unos minutos en quedarse dormida.

